

100

Esta semana leí dos reseñas de temas jazzísticos en sendos periódicos, una de un disco, la otra de un concierto.

La primera contenía **once adjetivos** (siete

Es verdad que el jazz puede llegar a conmocionar la destreza de aprehender con serenidad, y que suscita entusiasmos algunas veces extremos, de los llamados pasionales. Pero también lo es que, muchas veces, los que escribimos sobre estos asuntos no disponemos de suficientes argumentos de juicio como para huir de la espontaneidad a que nos empuja la sensación placentera. Y en este pequeño desenfreno hemos caído y seguimos cayendo todos los que escribimos sobre jazz, al menos en España. Grandes entusiastas, partidarios, detractores... nunca del todo indiferentes ni distantes.

Me pregunto cuántos adjetivos superlativos absolutos contienen cien números de una revista. Me refiero a esas palabras que "denotan el sumo grado de cualidad que con ellas se expresa". En cada número encontraremos un complaciente muestrario que, como producto del ardor desatado, no hace justicia a este término cabal que es la música en sí. No me avergüenza mentar palabras que yo mismo he usado...

¿Alguien en su sano juicio puede sostener que, por ejemplo, Joe Lovano es **admirable**? No, porque no siempre lo es y a veces se repite y nos contraría, aunque su sonido sea **indiscutible**, es decir, ha encontrado una voz personal con sus instrumentos. **Asombroso** se le coloca con frecuencia a Dave Douglas, músico que, creo, no intenta **asombrar** sino **iluminar** con su alegría, que no es precisamente **alegre** sino más bien **irónica** (es mi opinión, no superlativa).

De los grandes del pasado, y de la historia del jazz, pudo decirse que eran **descomunales** (fuera de lo común, como si todo artista original no lo fuera); ejemplos de **descomunales** serían Armstrong, Ellington, Hawkins, Young, Parker, Davis, Coltrane y Coleman, mientras que Mingus será frecuentemente **desaforado** y **excesivo** (¿de qué fueros y de cuáles excesos?)

números

Texto: **Carlos Sampayo**



superlativos absolutos, el resto relativos), la segunda seis (todos absolutos).

La música de los sensibles, que pende de un hilo y puede cortarse como la cuerda tensa de un violín, como la de Chet Baker, Bill Evans o Brad Mehldau, suele ser **emocionante**, porque nos transmite esa sensibilidad, o, en una **superlativa** imagen de nosotros mismos, creemos que lo hace.

El más concurrido es **extraordinario**, aplicado tanto a quien se supone que lo es como a la capacidad de advertirlo, en igual e inmodesta medida. Así, cuando escuchamos a Parker u Ornette Coleman, somos **extraordinarios**, es decir, somos ellos mismos, o casi. Igualmente **fabulosos** que la magnitud de su arte. El cronista astuto pondrá que la escucha de Duke Ellington es siempre una experiencia **extraordinaria**, y se queda tan tranquilo porque ha dicho quizá una verdad a la vez que no decía nada. Sería saludable incorporar la música de Ellington al elenco de lo **ordinario**, la vida estaría mejor distribuida en sus disfrutes. Porque, se me perdonará la presunción, ningún aficionado a la música de Ellington puede vivir una experiencia **extraordinaria** cada vez que la escucha, a veces como fondo ornamental de sus preocupaciones cotidianas.

¿Qué me dicen de fenomenal, inconcebible, milagroso? Los he leído destinados, respectivamente, a Thelonious Monk, Albert Ayler y Gil Evans, aunque puede cambiarse el orden de aplicación. Nadie negará que Monk fue un fenómeno, que Ayler concibió e hizo una música que nadie había hecho antes y que Evans puede convocar visiones un poco neblinosas, pero el hecho de superlativizarlos no explica su arte y tal vez huya de su esencia.

Es verdad que muchos músicos sorprenden, pero si se quiere marcar que Randy Sandke o Marty Ehrlich son **pasmosos**, hay un trecho de objetividad que merece ser trazado o recorrido antes, salvo por quien escribe entre pasmosos repentinos.

A John Coltrane le han caído superlativos como lluvia de primavera, dos de los cuales, **portentoso** y **prodigioso**, podrían ser no impugnables si a continuación se argumentan las causas del portentoso y el prodigio, además del efecto que empuja a usar tales palabras. Y cuando digo argumentos, estoy refiriéndome a todo aquello que se sitúa más allá o al margen de la emoción, conmoción o adhesión.

No se me malinterprete: no pretendo elaborar una teoría de la reseña crítica, no dispongo de las herramientas para hacerlo, ni tampoco quiero sorprender con esta crítica y autocrítica, es decir, no soy **sorprendente**, como podría ser la música de Monk si no fuera, en realidad, la permanente corroboración de una idea de la lateralidad. Claro, la primera audición de Monk sorprende, pero el pianista era muy hospitalario y con rapidez nos aloja en su mundo, que es bastante plácido, aunque con aristas. Lo mismo que ocurre con otros pianistas **raros** (un adjetivo que suelo usar con referencia a Elmo Hope, Herbie Nichols y Mal Waldron, a falta de otro... pero ya podría ir despojándome de la muletilla y la pereza subyacente).

Los y las cantantes pueden ser **sugestivos** o **sensuales** (este último bien se aplica a ciertos saxofonistas tenor, como Ben Webster o Dexter Gordon). La voz siempre produce sugestión y como es extensión biológica, puede ser sensual. Y aquí caemos en la variante personal: *me sorprende, me emociona, me sugiestiona*. Y me pregunto, como lector, incluso de mis propios textos, ¿a quién le importan mis sorpresas, mis emociones y mis sugiestiones? Supongo que a mis seres queridos y cercanos, no al lector.

El tema es vasto y espero que sirva para que el lector no se llame a engaño y el cronista de reseñas pueda verter opiniones sosegadas, y, si es capaz, si somos capaces, más sapientes. Lo que importa es la música, sin adjetivos, en cien o en doscientos números de *Cuadernos de Jazz*.

de superlativos